EL VULGO Y LAS LUCES EN LA OBRA DE FEIJÓO

La ingente obra polifacética de Feijóo constituye el comienzo de la Ilustración española en su primera fase.[1] Estos comienzos del movimiento español de las luces son ante todo caracterizados por los esfuerzos de examinar críticamente el saber tradicional, los usos y las costumbres vigentes, las aspiraciones y normas nacionales cimentadas en la conciencia general. Se deshacen supersticiones arraigadas y prejuicios generalmente admitidos, basándose en la razón humana y en nuevos conocimientos, ganados por el método experimental. Lo que Feijóo persigue no es tanto la elaboración de una visión del mundo cerrada en sí, de un sistema de filosofía. En su obra pasa a primer plano la lucha contra errores envejecidos y supersticiones. Bajo este aspecto salta a la vista que evita polémicas en torno a la ortodoxia católica. Muy deseoso de hacer una rigurosa separación entre el saber laico y los principios de la religión católica, Feijóo no incluye en manera alguna los dogmas de la iglesia romana en sus esfuerzos de ilustración. Él quisiera concebirlos como verdades intangibles, no sujetas a la discusión filosófica. No cabe duda de que ese fenómeno hay que ponerlo en relación con los rasgos específicos del desarrollo social en España al inaugurarse el siglo xviii.

En cuanto a las investigaciones sobre la Ilustración española se impone más y más la tarea de enfocar los aspectos específicamente españoles desde el punto de vista de la totalidad histórico-social en el ambiente de la Ilustración europea. En este conjunto cabe también preguntar: ¿En qué medida Feijóo procede de ideas y tradiciones de la literatura del Siglo de Oro, cambiándolas según los impulsos renovadores de la Ilustración? Un ejemplo sintomático me parece con respecto a ello la noción de pueblo. No es casual, sino muy significativo que el primer discurso de su *Teatro Crítico* se titula "Voz del pueblo". Ese discurso representa un programa, porque el Padre Benedictino ve en la gran masa, en el pueblo, la base de los errores comunes muy inveterados, de las supersticiones arraigadas, de los usos absurdos y de las costumbres

[1] Cf. *Obras escogidas del Padre Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro, con una noticia de su vida y juicio crítico de sus escritos por Don Vicente de la Fuente.* Madrid, 1952-1961 (Biblioteca de autores españoles, tomos LVI, CXLI, CXLII y CXLIII).

poco razonables. En los ensayos y las disertaciones de su *Teatro Crítico* y de sus *Cartas eruditas y curiosas* se afana en deshacer muchos de esos errores generalmente admitidos en el pueblo. Estas aspiraciones y esta actitud ante el vulgo se manifiestan igualmente en las obras de los representantes de la primera etapa de la Ilustración en Francia, Italia, Alemania u otros países.[2] Sin embargo, es obvio que en la obra de Feijóo la polémica contra el vulgo se desarrolla mucho más intensivamente que en los escritos de otros representantes de la Ilustración europea en su primera fase. Por lo que al vulgo o pueblo toca, la sola mención, alusión y apóstrofe tan reiterados revelan, ya por fuera, un rasgo típico del pensamiento de Feijóo vinculado a una tradición española.

En la literatura española del Siglo de Oro muchos autores despreciaban ostensiblemente al vulgo. Ya en muchos textos literarios del siglo XVI el sentido de la palabra "vulgo" no se limitaba a la gente ordinaria del pueblo. Cervantes explicaba que "todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo".[3] En el siglo XVII no basta solamente el saber para no pertenecer al vulgo. La erudición tiene que ser unida a la discreción y sabiduría. Solamente pocos hombres escogidos, es decir: cuerdos, desengañados y discretos no se agrupaban más por el concepto negativo de vulgo. Hallamos muy a menudo en las obras literarias del Siglo de Oro los siguientes epítetos peyorativos concernientes al vulgo: ignorante, ciego, vano, vario, incierto, confuso, necio, desvanecido, grosero, malicioso y maldiciente. Este hecho denota el desprecio de la muchedumbre por los humanistas. En la literatura del siglo XVII dándose por ideal apetecible la conexión estrecha entre el saber y la sabiduría, el significado del concepto de "vulgo" se extendía visiblemente. En la obra de Gracián el vulgo venía a ser la encarnación de la generalidad humana bajo aspecto negativo. También en el teatro del Siglo de Oro el vulgo representaba, con respecto a la honra, la gente, la opinión pública bajo aspecto negativo, atribuyéndole un carácter malicioso, vario y maldiciente. En su discurso "Voz del pueblo" Feijóo reanuda esa tradición del Siglo de Oro, repitiendo algunos lugares comunes: "No me acuerdo qué sabio compara

---

2 Cf. Paul Hazard, *La crise de la conscience européenne 1680-1715*. París, 1935; Julio Caro Baroja, "Feijóo en su medio cultural, o la crisis de la superstición", en *El P. Feijón y su siglo*. Oviedo, 1966, t. II, pp. 153-186 (especialmente p. 162-165).

3 *Don Quijote de la Mancha*, parte segunda, cap. XVI. Clásicos Castellanos. Ed. de Francisco Rodríguez Marín, t. V, p. 293.

el vulgo a la luna, a razón de su inconstancia. También tenía lugar la comparación porque jamás resplandece con luz propia" (I, 3^b).

En los escritos de Feijóo, igual que en el Siglo de Oro, el vulgo no se limita a los plebeyos desde el punto de vista sociológico. Expresamente se acentúa que hay vulgo también entre los eruditos y la gente de alta posición. Para dar a entender la vastedad de este concepto, Feijóo habla algunas veces de errores existentes "en todo el vulgo alto y bajo". Observa que hay "harto vulgo" entre los hombres que saben el latín. El hecho de que alude a gran número de clérigos, resulta marcadamente de la siguiente referencia: "El vulgo, en cuya clase comprendo una gran multitud de sacerdotes indiscretos" (IV, 8^a). Feijóo objeta a su adversario Mañer que el vulgo no comprende solamente "el que viste gabán y polainas", sino que "hay algún vulgo metido de gorra entre las pelucas, entre las togas, entre los bonetes, entre las capillas. Y para decirlo de una vez, ni aún se escapan de ser vulgo algunos de los que se precian de escritores, y muchos de los que se meten a Tertulios" (IV, 224^a). Hay vulgo también entre los profesores de las universidades. Feijóo añade a la expresión "el vulgo de los filósofos" con afilada ironía: "que en todas las facultades hay vulgo; y tanto, que respecto de los vulgares son poquísimos los nobles" (III, 334^a).

De este modo el término de vulgo se refiere a la generalidad de la gente, que se halla frente a las tradiciones sin crítica y conserva tenazmente los prejuicios inveterados, las costumbres muy arraigadas y los usos antiguos. Este gran número de personas no se sirve suficientemente de la facultad intelectual, cree de ligero, y toma actitud muy reservada frente a los conocimientos ganados mediante el método experimental en las ciencias naturales. En dos palabras: Vulgo son todos aquellos que no han llegado aún a la base ideológica de las luces. Por eso es sintomático que Feijóo usa muchas veces en lugar de la palabra "vulgo" el término de "pueblo". El significado del concepto de vulgo se ha vuelto tan amplio en la obra de Feijóo, que comprende casi exclusivamente la totalidad de un pueblo con respecto a ciertos pareceres y costumbres, al evidenciarse como errores comunes desde el punto de vista de la Ilustración. También frente al uso del idioma español en el Siglo de Oro se nos presenta un nuevo fenómeno lexicológico: La palabra pueblo no se usaba en el sentido de vulgo, tampoco en los escritos de Gracián, en los cuales la generalidad de la gente se llamaba exclusivamente "vulgo".[4] Para Feijóo, sin embargo, la acepción principal de las palabras

[4] Cf. Werner Krauss, *Graciáns Lebenslehre*. Frankfurt am Main, 1947, p. 36.

pueblo y vulgo es idéntica. De ese modo la palabra pueblo toma un sentido peyorativo que no tenía en el Siglo de Oro. Cuán cambiables son las nociones de pueblo y de vulgo en la obra de Feijóo sale claramente del discurso titulado "Voz del pueblo". El hecho de que ciertas opiniones, ideas y costumbres son admitidas o defendidas fanáticamente de todo un pueblo, no es para Feijóo ninguna prueba para ser justificadas. Ellas tienen que ser sometidas a la razón. A Feijóo la pluralidad de las opiniones, ideas y costumbres en los distintos pueblos no le induce a un escepticismo, sino le confirma que la razón humana no podía imponerse hasta ahora más que en pocos casos.

En las impugnaciones y polémicas dirigidas al *Teatro Crítico* se combate el nuevo significado de la palabra "pueblo", adquirido en la obra del benedictino Gallego. Los opositores opinan que hay aquí una identidad no justificada entre pueblo y vulgo. Salvador José Mañer escribe en su *Anti-Teatro Crítico* (Madrid 1729) que el padre ovetense yerra con referencia a la voz del pueblo haciéndola una misma con la voz común. Mañer define: "la voz común es aquella que dimana, y se establece en la gente común, o plebeya, que ordinariamente llaman vulgo; mas la voz del Pueblo procede, y se considera en el Pueblo, que se compone de Nobleza, y Plebe, de Eclesiástico y Secular, en que entran todas gerarquías; y assí, no puede tenerse por una propia la *voz común,* que se constituye en solo la plebe, y la *voz del Pueblo,* que se organiza en la misma plebe unida con las demás partes, que componen una República" (p. 1). También Ignacio de Armesto y Ossorio,[5] queriendo ser árbitro entre los contrincantes, rehusa la identidad entre pueblo y vulgo. Basándose en la jurisprudencia y en los diccionarios de la lengua latina escribe que plebe significa "el Vulgo o las gentes *infime sortis*" y pueblo comprende "todas las gerarquías, es a saber, Nobles, Plebeyos, Eclesiásticos, y Seglares, Discretos, Ignorantes, Caballeros, y Tribunales" (pp. 17-18). Armesto y Ossorio admite que algunas veces el pueblo se tomaba en los escritos de las autoridades por la plebe, sin embargo subraya: "Pero regularmente no es así. Comúnmente es recibida esta voz *Pueblo* por la colección de entrambas Clases, y Gerarquías, a distinción de la *Plebe,* que significa siempre la ignorante turba de el vulgo" (p. 18). Partiendo de esa definición objeta a Feijóo que la voz del pueblo es regularmente verdadera (p. 17). También los impugnadores de Feijóo ofrecen en su uso del idioma una innovación lexicológica frente al Siglo

---

5 *Theatro anti-crítico universal sobre las obras del muy R. P. Maestro Feyjoo,* de el Padre Maestro Sarmiento, y de Don Salvador Mañer, tomos I y II, Madrid, 1735.

de Oro, tomando plebe y vulgo en sentido idéntico. La palabra *plebe* representaba en el Siglo de Oro un cultismo de muy poca circulación aunque existiese una palabra tan corriente como plebeyo. También se tomaba algunas veces la palabra pueblo en el sentido de plebe. La acepción de plebe se reducía distintamente en sentido sociológico a las capas inferiores del pueblo frente al vulgo. El criterio para ser contado entre el vulgo no era en primer lugar la posición social sino más bien la falta de discreción y sabiduría.

Con sus argumentos lingüísticos los adversarios desconocen completamente la nueva actitud de Feijóo ante las tradiciones falsas y errores comunes según la razón humana. Feijóo se dirige en su lucha expresamente a esas capas que según sus impugnadores no son incluidas en la plebe o en el vulgo, porque reconoce en muchos representantes de ellas partidarios de una tradición falsa, hombres quienes dan fe ciega a las autoridades establecidas en vez de servirse de la razón como guía. Por otro lado Feijóo espera hallar de modo creciente partidarios entre esas capas para poder reformar poco a poco la situación intelectual de su pueblo.

Dirigiendo sus ataques contra la suposición de que algo tiene que ser verdadero porque casi todo el pueblo lo sostiene, Feijóo alude en su crítica sin duda a una tradición española. Es verdad que el refrán "voz del pueblo, voz de Dios" no se limita a la lengua castellana. También es verdad que la sentencia "el valor de las opiniones se ha de computar por el peso, no por el número de las almas" no constituye una invención de Feijóo, sino una reminiscencia de la literatura antigua clásica en la literatura del Siglo de Oro. Sin embargo, no debe perderse de vista con relación a nuestro tema que los desaciertos del vulgo aducidos por Feijóo en conexión con la pretendida sabiduría de los refranes que "se veneran como inspiraciones del cielo" se refieren al humanismo vulgar español de inspiración erasmiana.[6] Aquellos humanistas creían haber descubierto una segunda fuente del saber universal en los refranes. Para ellos los refranes representaban testigos de una sabiduría de inspiración divina desde los tiempos de los primeros padres. Ya se sabe que Mal Lara desarrollaba el programa de esas ideas en los preámbulos de su *Filosofía vulgar* aparecida en 1568. La máxima "No hay refrán

[6] Cf. Werner Krauss, "Die Welt im spanischen Sprichwort", en *Studien und Aufsätze*. Berlin 1959, pp. 73-91; Américo Castro, "Juan de Mal Lara y su 'Filosofía vulgar'", en *Hacia Cervantes*. Madrid, 1960, pp. 142-182; Marcel Bataillon, *Erasmo y España*, México, 1966.

que no sea verdadero" es fundada por Mal Lara del modo siguiente: "Por lo que dize todo el pueblo, no es de burla, como dize Hesíodo, y *Boz de pueblo, boz de Dios,* por ser cosas probadas de muchos años, y no son tan necios muchos millares de hombres, que en fin no hay en ellos muchos discretos, que juzguen si dizen bien o mal" [7] Ya su maestro León de Castro señalaba en su prólogo a los *Refranes o proverbios en romance* de Hernán Núñez que los refranes como dichos del pueblo no son menoscabados en su verdad porque el pueblo se compone de gente indocta. León de Castro opinaba que "ninguno es tan sabio que pueda acertar tanto como el pueblo, ayuntamiento de muchos..., porque a todos una, dize Aristóteles, puso Dios luz en el entendimiento con que conozcan la verdad". No obstante, en la literatura española del siglo XVII, ante todo por parte de Quevedo y de Gracián, el refrán fue censurado por ser forma de expresión vulgar. Gracián se empeñaba en desmentir la verdad pretendida de esos "pequeños evangelios" por medio de una crítica racionalista. Argüía: "Que por ningún acontecimiento se diga que *la voz del pueblo es voz de Dios,* sino de la ignorancia, y de ordinario por la boca del vulgo suelen hablar todos los diablos" [8] (II, 202). Feijóo ha podido reanudar esta crítica al tratar de "la fabilidad de los adagios" en sus *Cartas eruditas y curiosas,* y en este capítulo se ha referido expresamente a su primer Discurso del *Teatro Crítico.*

En cuanto a su público, Feijóo cuenta con un público imbuido de errores comunes los cuales quisiera deshacer. A Feijóo, en contraste a tradiciones respectivas del Siglo de Oro, no le interesa eliminar el vulgo, al contrario, se da cuenta de que su público se compone en general de vulgo en el sentido de las luces. Por eso, su obra posee un carácter polémico. El Padre la concibe como una provocación con el fin de movilizar las fuerzas intelectuales de sus lectores. Eso quiere decir que emplea, de una parte, formas de expresión militante según las posibilidades de su época, por otra parte, prefiere insinuaciones, a base de medios estilísticos que permiten tomar un contacto estrecho entre autor y lector. Esa actitud artística infiere la confianza que poco a poco dará frutos en provecho de la difusión de las luces. Contrariamente a aristócratas intelectuales del siglo XVII, el desengaño no sirve más en primer lugar de noción fundamental a una minoría de intelectuales

---

7 *Filosofía vulgar.* Edición, prólogo y notas de Antonio Vilanova. 4 tomos, Barcelona 1958, t. I, p. 80.

8 *El Criticón.* Edición crítica y comentada por M. Romera-Navarro. 3 tomos, Filadelfia, Londres, Oxford, 1938-1940.

en tocante a la autocomprensión. Feijóo ve en el desengaño una posibilidad para desterrar los prejuicios generalmente admitidos, difundiéndolo en la conciencia general. Aunque opina, como Fontenelle, que hay algunas verdades no destinadas aún a ser divulgadas, Feijóo niega la opinión de que las verdades en general estén reservadas a un pequeño grupo de intelectuales, que las guardan como secretos por miedo de ser perseguido.

En el prólogo al segundo tomo de su *Teatro Crítico* combate las opiniones según las cuales no vale la pena de "sacar al vulgo de sus errores; que los necios son infinitos y que es prudencia no conmover este poderoso partido". Por prudente que sea hablar con los muchos y sentir con los pocos, Feijóo rechaza esa táctica practicada por intelectuales del siglo XVII, no dando cabida a sus esfuerzos de divulgar las luces. El benedictino Gallego escribe: "Pero tanta cordura no se acomoda con mi sinceridad. Y veo por otra parte que el contemplar tanto a los necios, es estrechar mucho la libertad de los entendidos" (II, 108a). En su pensamiento prevalece la idea de que una vanguardia intelectual tiene que combatir los errores comunes en una nación. Feijóo y sus ilustrados contemporáneos en otros países están persuadidos que esa minoría de intelectuales, a quien incumbe desempeñar el papel de educadores nacionales, paso a paso crece. En su valioso artículo "Feijóo y su papel de desengañador de las Españas" [9] Juan López Marichal pone de relieve con razón que Feijóo "cree en la capacidad de mejora del hombre" y que "su prurito reformador, su lucha contra los 'errores populares' son motivados por una clara fe en el progreso humano en general y en el progreso del hombre español en particular" (pp. 322-323).

En la literatura actual sobre el padre ovetense se establece algunas veces un paralelo entre Feijóo y Ortega y Gasset [10] con respecto al concepto de vulgo, identificándolo con el concepto de gente, de hombre masa, y con respecto al papel de la minoría selecta. Sean cuales fueren las analogías, no hay que perder de vista la diferencia muy esencial en cuanto a sus actitudes filosóficas y las distintas circunstancias histórico-sociales. Dentro del pensamiento de Ortega hallamos un antagonismo entre el hombre masa y la selecta minoría de carácter aristocrático, fundado en un pesimismo con respecto al desarrollo histórico. Ortega quisiera reconocer en este antagonismo una eterna ley fundamental que

---

9 *Nueva Revista de Filología Hispánica V* (1951), pp. 313-323.

10 Cf. Gustavo Bueno Martínez, "Sobre el concepto de «ensayo»", en *El P. Feijóo y su siglo*. Oviedo 1966, t. 1, pp. 89-112 (especialmente p. 102).

en la historia de España ha redundado en pérdida. En las ideas de Feijóo podemos comprobar una confianza en el progreso humano aunque de cuando en cuando exprese dudas y desaliento en lo tocante al éxito de sus ideas de reforma. Prevalece la idea que por los esfuerzos de los ilustradores se reduce paso a paso el número del vulgo. La proporción numérica entre la selecta minoría y el vulgo no es fijada definitivamente, sino redundará por la divulgación de las luces poco a poco en perjuicio del vulgo.

WERNER BAHNER

Academia Alemana de Ciencias (Berlín)
República Democrática Alemana